



Número 181

Madrid, 23 mayo 1908

Precio: 20 céntimos



—No he visto juventud más apocada que la de hoy en día; hace una hora que he saltado del salón sola, y no se ha atrevido nadie á seguirme ni por curiosidad.





# PARA LAS DAMAS

MILAN

## LOS GRANDES MODISTOS PARISIENSES

**E**n París el taller más famoso es el de la casa Worth, fundada hace diez lustros por un sastre de genio, nacido en Inglaterra y establecido en París con unos cuantos, muy pocos, centenares de francos. Lo que ha hecho universal la reputación de ese *faiséur*, permitiéndole acumular una fortuna enorme, es que, desde un principio, fué para él un culto la simplicidad de la forma en la confección del traje femenino; esto, sin perjuicio de favorecer la natural belleza de un cliente con géneros buenos y hermosos.

El objeto que principalmente persigue Worth al idear una *toilette*, es que ésta armonice perfectamente con la cara de quien ha de llevarla. Otro rasgo característico del gran modisto, consiste en la proscripción absoluta de todas las exageraciones, de todos los detalles complementarios que pueden alterar ó desfigurár la línea femenina. El fundador del establecimiento (hoy se halla éste dirigido por los hijos ó nietos del primer Worth) echó las bases de su sistema aboliendo inexorablemente el ridículo y antiestético mirriñaque.

Otra casa famosa, la de Redfern, (inglés como Worth) comenzó á adquirir celebridad cuando, hace veinte ó veinticinco años, dió el bello sexo en adoptar los deportes al aire libre, talés como el *footing*, el *yachting*, y otros pasatiempos de origen británico. El traje de chechura-sastre pueda decirse que, si no nació en los talleres de Redfern, al menos

allí adquirió su refinamiento más *chic*, constituyéndose por esa circunstancia la especialidad de la casa, de igual modo que la de Worth fueron siempre la *de toilette* de recepción y los trajes de boda.

El modisto Paquin, un parisién ilustre de *sprit*, con cuyas creaciones sueña toda mujer bonita y elegante, cultiva, ganándose los francos á espuestas, la boga actual de los trajes forma Imperia. La esposa de este *faiséur*, también notable artista en su género, aumenta los provechos de la casa, inventando modelos de sombreros que luego vende Paquin á precios locos.

Existe otro establecimiento en París que, aunque inaugurado hace poco tiempo, ya comparte con los referidos anteriormente el cetro de la moda. Háblo fundado, cosa rara en verdad, no dos profesionales de la tijera, sino dos individuos cuyas carreras no tenían ciertamente relación alguna con la modistería. Llámense Bechoff y David, siendo de nacionalidad belga el uno, y holandesa el otro. Bechoff desempeñó, hasta poco antes de dedicarse á modisto, una cátedra, y no de las menos importantes, de la Universidad de París. Ya en plenos *affaires*, lograron la buena fortuna de casarse con mujeres ricas y guapas, alguna de ellas perteneciente á la nobleza rusa. El cimiento de la celebridad lo pusieron Bechoff y David con los abrigos y salidas de teatro, aunque hoy se dedican á toda clase de confecciones.

Digamos á propósito de los modistos parisienses, que muchos de ellos lanzan sus modelos de *toilettes* viéndolo á las actrices más bellas y distinguidas de la capital. Las noches en que se estrena alguna obra en la Comedia, en el Teatro Sarah Bernhardt, en Vaudeville, ó en cualquier otro coliseo elegante, son también de pruebas para los modistos

que utilizan ese reclamo viviente, puesto que las actrices lucen en dichas ocasiones ricas novedades de indumentaria. Si éstas encuentran acogida entre el público femenino, al día siguiente hay *cola* en los salones del modisto respectivo.

Lo que representa Worth, Paquin, Redfern y el resto, en materias de vestimenta, son en sombrerería de mujer Félix, Carlier y Virot: tres dictadores sin freno, cuyos decretos ponen espanto en los bolsillos masculinos. Esos dictadores os dirán, si se lo preguntáis, cuáles son los gustos particulares de todas las grandes damas del mundo. Por ellos sabéis que, por ejemplo, la reina Alejandra y la reina María Pia, poseedoras de eterna juventud, prefieren la toca; que la reina Amelia encarga sombreros grandes, con adornos de pluma; que la reina Elena de Italia gusta de sombreros anchos y bajos, y que la zarina de todas las Rusias, recomienda siempre la mayor sencillez en el adorno de sus tocados.

## CASADO CON SEIS HERMANAS

En una ciudad de Ohio, cierto James Graves acaba de casarse por la sexta vez. Este caso de persistencia matrimonial es ya bastante extraño, pero lo más sorprendente es que las cinco primeras esposas de Graves eran hermanas, y que la sexta es hermana de las cinco anteriores.

La pobre mujer ha dado, ciertamente, una gran prueba de valor casándose con Graves, por cuanto sus antecesoras en tálamo murieron todas de modo trágico: las tres primeras asesinadas; la cuarta víctima de una dolencia misteriosa, y la quinta, de la caída de un caballo.





20 céntimos número.

Precio de suscripción en España (trimestre, 13 números), 2,50 pesetas.

Año (52 números), 10 pesetas. Extran-

— — — Jero, 15 francos año — — —

CUENTO DEL SÁBADO

EL COBRADOR

**R**AVENOT, cobrador de una casa de banca desde hacía diez años, era un empleado modelo. Jamás se le había tenido que hacer la menor observación ni se había notado error alguno en sus cuentas.

Vivia solo, evitaba cuidadosamente las nuevas relaciones, no iba nunca al café y era completamente feliz.

Si alguien decía ante él:

—Debe de ser muy tentador eso de manejar tan grandes cantidades!

Contestaba sencillamente:

—Nada de eso! ¡El dinero que no nos pertenece, no es dinero!

Era Ravenot el hombre íntegro de su barrio, el árbitro de todas las cuestiones delicadas.

Una tarde en que debió cobrar varios vencimientos, no regresó a su casa a la hora acostumbrada. Nadie sospechó siquiera que hubiese podido cometer un acto criminal. Sólo era posible la hipótesis de un asesinato. La policía tomó los informes necesarios, recorriendo la misma ruta que había seguido el cobrador.

Ravenot había presentado puntualmente sus documentos de crédito y cobrado su último dinero cerca de la puerta de Montrouge, a eso de las siete. Su recaudación ascendía en aquel momento a más de doscientos mil francos. Después, se perdían sus huellas.

Por escrúpulos de conciencia se telegrafió a todas las estaciones fronterizas. Pero para los directores de la banca era indudable que Ravenot había sido robado y arrojado al Sena.

Una sola persona en París se encogía de hombros al leer esto en los periódicos: la tal persona era Ravenot.

Mientras se le buscaba sin descanso, nuestro hombre dormía tranquilamente en un hotel, con los doscientos mil francos en el bolsillo. En horas se había convertido en un audaz y descarado ladrón.

Ravenot no había querido emprender la fuga traspasando la frontera. Era demasiado listo para creer que algunos centenarios de kilómetros podían sustraerle a la persecución de los gendarmes y no se hacía ilusiones acerca de la suerte que le esperaba.

Al día siguiente metió los doscientos mil francos en un amplio sobre, que cerró con cinco sellos, y se dirigió a casa de un notario.

—He aquí de lo que se trata—dijo al notario de la le pública.—Este sobre contiene varios valores y docu-

mentos que deseo depositar en sitio seguro, Parto para un largo viaje y no sé cuándo volveré. Le confío a usted este pliego, suponiendo que nada se opone a mi determinación.

—Le daré a usted un recibo...

Ravenot estuvo conforme en un principio, pero después reflexionó. ¿Un recibo? No tenía a quien confiarlo ni podía conservarlo en su poder sin grave riesgo de comprometerse.

Aunque no había previsto semejante complicación, contestó en tono natural:

—Soy solo en el mundo y no tengo ni parientes ni amigos. El viaje que voy a emprender es algo aventurado y mi recibo podría perderse. Acepte usted mi depósito en su archivo, y a mi regreso bastará con que diga mi nombre a usted ó a su sucesor.

—Es que...

—Consigne usted en el recibo que no podrá ser reclamado sino en esa forma.

—¡Corriente! Tenga usted la bondad de decirme su nombre.

—Duverger, Enrique Duverger—contestó el ladrón sin vacilar.

Cuando Ravenot estuvo en la calle lanzó un suspiro de satisfacción. Había realizado la primera parte de su programa. Si le echaban mano, el producto de su robo no corría el menor peligro.

Ravenot había calculado lo siguiente:

—Cuando haya cumplido mi condena, entro en posesión de mi depósito, cuya propiedad nadie podrá disputarme. Cuatro ó cinco años malos pronto se pasan. Me iré a vivir al campo, y para todo el mundo seré M. Duverger.

Al cabo de algunas horas corrió a entregarse en manos de la justicia.

Cualquier otro hubiera inventado una historia, pero él prefirió confesar el robo. ¿A qué perder el tiempo inútilmente? Pero no hubo medio de arrancarle ni una sola palabra acerca del uso que había hecho de los doscientos mil francos.

—No sé nada más—se limitó a decir acosado por el juez.—Me dormí en un banco..., y a mi vez me robaron todo cuanto llevaba encima.

Gracias a sus antecedentes irreprochables no fué condenado más que a cinco años de reclusión. En el establecimiento donde sufrió su condena fué un modelo de reclusos, como había sido un modelo de empleados. Llegó al fin el día de su liberación. Se le entregaron diez francos de su peculio, y al verse en la calle resolvió dirigirse inmediatamente a casa del notario.

Ravenot veía en su imaginación la escena tal cual iba a pasar.



—Niño ¿conoces los sexos?  
 —Sí, señor.  
 —Máscara, ¿es femenino?  
 —Eso depende del sexo de la persona que se dis-  
 fraza.

Llegaba al despacho y se acercaba a la mesa del de-  
 positario de su tesoro.

—¿Qué desea usted, caballero?  
 —Vengo en busca de un depósito que entregué a us-  
 ted hace cinco años.  
 —¿Qué depósito? ¿A nombre de quién?  
 —A nombre del señor...  
 Ravenot se detuvo bruscamente.  
 —¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ya no me acuerdo del nom-  
 bre que di!

Trató de hacer memoria, y... ¡nada!  
 —¡Calma, calma!—dijo para sí, sentándose en un  
 banco.—El señor..., el señor...

Tenía el nombre en la punta de la lengua, y sin em-  
 bargo, no lograba dar con él.

Mordíase los labios, no podía permanecer dos minu-  
 tos en un mismo sitio, y estuvo a punto de echarse a llo-  
 rar de rabia. Pero mientras más forzaba su atención,  
 más se alejaba el nombre de sus labios.

Ravenot pasó todo el resto del día sumido en la ma-  
 yor desesperación.

—¡El señor..., el señor!...  
 Llegó la noche. Rendido de cansancio entró en un  
 hotel y se acostó vestido. No pudo conciliar el sueño  
 hasta el amanecer. Cuando se despertó, el sol brillaba  
 en todo su esplendor.

De pronto, como era natural, surgió de nuevo en su  
 cerebro la misma idea.

—¡El señor..., el señor!...  
 A pesar de sus grandes esfuerzos, no podía acertar  
 con el nombre que había dado al notario.

Levantóse al fin Ravenot, salió a la calle y anduvo  
 largas horas sin rumbo fijo, deteniéndose de cuando en  
 cuando ante la casa del notario.

—¡Hay para volverse loco!—decía para sus adentros  
 el ladrón, hundiéndose las uñas en el cráneo.

¡Poseía 200.000 francos en billetes de Banco y no po-  
 día disponer de ellos!

¡Para disfrutar de su riqueza había pasado cinco  
 años en presidio, y su tesoro se le escapaba de las ma-  
 nos! ¡Y lo perdía inevitablemente por no acordarse de  
 un nombre!

¡Estaba convencido de que le era imposible recor-  
 darlo!

Ravenot, en el colmo de la desesperación, echó a co-  
 rrer, atropellando a la gente y sin evitar el paso de los  
 carruajes.

Al cabo de un rato vió a sus pies el verdoso Sena que  
 brillaba al resplandor de las estrellas.

—¡El señor..., el señor!—sollozó angustiado y fuera  
 de sí.—¡Maldito nombre!

Bajó los escalones que conducen a la ribera, y des-  
 pués de haberse echado boca abajo avanzó hacia el río  
 para refrescarse las manos y la cara.

Atrájole el agua, que acabó al fin por apoderarse de  
 todo su cuerpo. Sintióse deslizar suavemente y sin  
 alientos para agarrarse a la orilla, se sumergió en el  
 río. El frío le aturdió. Ravenot tendió los brazos... le-  
 vantó la cabeza..., desapareció..., volvió a la superficie  
 y, de pronto, haciendo un supremo esfuerzo, gritó con  
 desesperado acento:

—¡Por fin! ¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Duverger! ¡Du!...  
 El muelle estaba desierto. El agua chocaba contra  
 los pilares del puente, y el eco del sombrío arco repitió  
 el nombre de Duverger.

Después, quedó todo sepultado en el más absoluto si-  
 lencio.



—Yo tengo la espada con que Balaam amenazó  
 a su burra.

—Me extraña, porque Balaam de lo que se la-  
 mentaba es de no tenerla para matar a la burra.

—Pues bien; mi espada es la que Balaam de-  
 seaba tener.





—*Muchos pasos he tenido que dar para ser miñstro; pero ahora, en compensación, siempre voy en coche.*

### El cura nuevo.

Concluida la guerra civil, volvía á su pueblo el licenciado Palomo con muchas cicatrices y sin un cuarto.

En el camino se encontró unas alforjas, y dentro una cartera con el título y dimisorias de un curato provisto por aquellos días.

Palomo era muy travieso, y aunque no sabía leer ni escribir era, en cambio, muy audaz; y formó su plan de este modo: se vistió convenientemente y se presentó en el pueblo del curato, que era una pequeña aldea de pastores, y con la mayor desfachatez presentó sus títulos y tomó posesión.

La situación era apurada para cualquiera otro; pero Palomo intentó llevar la farsa hasta donde se lo consintiesen.

Llegó el domingo; el sacristán tocó la campana, y todo el pueblo acudió á la misa del cura nuevo.

El sacristán le viste, sale con desembarazo á la iglesia, llega al altar, murmura algo muy bajo, luego se vuelve, abre las manos y dice con voz entonada:

—¡Misal!

Dicha esa palabra, se vuelve á la sacristía, se hace sordo á las preguntas del sacristán y se va á su casa.

Entretanto, el pueblo no acertaba á saber de su sorpresa; el ayuntamiento se había constituido en sesión permanente, y el maestro de escuela redactaba una exposición al obispo.

En ella se exponía al obispo que el nuevo cura no decía más que omisao, y que el pueblo estaba acosumbrado á otra cosa.

La exposición debía estar bien redactada, porque es lo cierto que, cuando su ilustrísima la leyó, dijo:

—Estos aldeanos no se contentan con misa, y quieren, por lo visto, algo más; es necesario escribir á ese buen cura que los días de fiesta, además de la misa, les diga también un poquito de sermón.

La orden fué obedecida al pie de la letra: el domingo siguiente salió el fingido cura al altar, la misma que el anterior, y, volviéndose al pueblo, dijo:

¡Misa y un poco de sermón!

El acobro fué mayor, y el maestro volvió á redactar otra exposición al obispo.

—No comprendo—decía éste—las exigencias de estos honrados vecinos: tienen un cura que les dice misa y un poco de sermón, y no están contentos. ¿Pues qué quieren?

—Quieren—dijo un sacerdote, entrando—que la misa no se diga, sino que se celebre, y que el poco de sermón se predique.

Este sacerdote era el verdadero cura, que explicó el suceso y su detención por una enfermedad; desde entonces está en su curato y Palomo en un presidio.

### La mujer y su mala cabeza.

Un día, Dios se paseaba muy despacio con San Pedro; durante su paseo le hablaba, con su boca de oro, de nuestra madre Eva y de nuestro padre Adán. He aquí que, no lejos del lugar por donde cruzaban, reñían dos personas. ¿Qué de arañazos y garbiadas se daban! ¡Era cosa de ver cómo se sacudían la ropa! Dios, compadecido de los desgraciados que de aquella manera se maltrataban, dijo á San Pedro:

—Si no acude un hombre de fuerza, se estropearán. ¡Pedro, corre al momento, sepáralos! ¡Corre al instante, Pedro!

San Pedro se traslada de un salto al sitio de la pelea, pero se queda sorprendido al encontrar á una mujer y á Satanás deshaciéndose el rostro á puñetazos.

—¿A qué viene todo esto? Parece imposible que no andéis acordes los dos, y que, siendo amigos, disputéis con tanto calor.

—¡Toma! ¿Qué quiere el viejo? ¿Qué temeridad la suya! ¿Qué le importa á él, si nos place á nosotros el andar á trompazos? Prosigue tu camino, ó muestra tus bríos. ¿Sabes lo que debes procurar? ¡Alejarte, alejarte pronto!

Esto dice Satanás.

¿Qué dijo la mujer?

¡Pifs! Lo mismo que el diablo.

Pedro, que sentía subirle la mostaza á las narices, movió los ojos, sacó de la vaina un sable que, cuando



—*Aquella es mi mujer.*

—*¿Y por qué no la has saludado?*

—*Porque va tomándose con su primo.*

está desnudo, relampaguea á la luz del sol, y para poner término á aquella lucha, apretando los dientes—tal es su furor—, les acomete, y, en un abrir y cerrar de ojos, les corta la cabeza. Luego les deja anegados en su sangre, y se dirige hacia Dios.

—¿Están separados?

—Como se debe, Maestro.

—¿Los has puesto de acuerdo?

—¡Y tan de acuerdo!

—¿Eh?

—Es decir, del único modo que ellos pueden estarlo alguna vez.

—Pero, ¿te han hecho daño por ventura? ¿Qué tienes en la mano?

—Un poco de sangre...

—¿La cosa iba mal!

—Maestro, escuchadme: la cosa iba tan mal, tanto el diablo se cuadró, hasta tal extremo le ahogaba la mujer, se zurraban con tal encono, que no he necesitado ver más para cortarles el pescuezo á los...

—¿Los has degollado? ¡Esto es horrible, abominable! ¡Debías tener paciencia!... Anda pronto, infeliz, anda á arreglarlo... ¡Casi estoy por creer que te has vuelto loco!

—¿Y qué he de arreglar, Maestro? ¡Si nada queda por hacer! ¡En un minuto les he dejado tendidos en el suelo!

—¿Conque siempre has de ser incrédulo! Veamos: ¿quién manda aquí? ¿Iré yo? Preciso es que se cumpla lo que Dios ordena. Fuera razones, Pedro, y obedece; ¡y que no se repita esto más!

Pedro obedeció; arregló el daño que había hecho del mejor modo que pudo. Únicamente que ¡oh imperdonable error! trocando las cabezas: por equivocación puso á la mujer la cabeza del diablo, y á éste la de aquélla.

Y, ¡he aquí por qué, prescindiendo de lo demás, las mujeres han tenido después tan malas cabezas!



—Estás muy mala, Ciprianito; vas á morir si no tomas el aceite de hígado de...

—No hay cuidado; he tomado un seguro sobre la vida.

—Había oído hablar un patán de los sorbetes de mantecado que se tomaban en los cafés de Madrid, y cuando vino de su pueblo por el mes de enero se fué derecho al primero que encontró; y habiéndose enterado, pidió que le trajeran un vaso de mantecado; el mozo se lo sirvió, y entusiasmado al ver aquella especie de pirámide, como él decía, de una dantellada se llevó á la boca más de la mitad. Mas sintiendo los efectos del helado, que no esperaba, empezó á escupir y hacer gestos, gritando:

—¡Mozo, mozo!

Acudió éste, y preguntándole qué se le ofrecía, le dijo muy incomodado:

—Hombre, ¿qué mil demonios me ha traído usted aquí?

—Un sorbete de mantecado—le contestó aquel.

—Pero, alma de cántaro—le replicó,—¿á quién se le ocurre traerlo en mitad del invierno más frío que la nieve! Lléveselo usted y traigalo calentito que es como se debe tomar en este tiempo.

—Le diré á usted. Yo soy prestidigitador, y al retraerme quisiera hacer comprender al público la gran habilidad con que escamoteo.

—Me parece difícil la manera...

—Pues es muy fácil; será usted: deje usted un duro sobre esta mesa, y en el momento de la operación yo me lo guardo sin que lo sienta la tierra.

—La tierra no lo sentirá, pero yo me quedaría sin el duro y lo sentiría mucho.



—¿Sabe usted lo que le pasa á mi amigo el pintor Rogelio? Pues que se ha quedado ciego.

—No es extraño, pues tenía tanta afición á pintar cascadas, que le vinieron cataratas.

Vivia en no sé qué pueblo de la Mancha, un don Benito, tan afortunado en todo como descontentadizo. No obstante su buena suerte y de no haber carecido nunca de nada, solía quejarse siempre de vicio, y como buen pedigüño, en la iglesia, muy contrito, se arrodillaba el buen hombre ante la imagen de Cristo, y allí decía:

—Perdona, Padre, si á Ti me dirijo

y de rodillas imploro de tu poder infinito, me concedas *diez reales diarios y mantenido*.

Harto el sacristán de verle delante del Crucifijo, por mañana, tarde y noche pidiendo siempre lo mismo, escondióse en el altar una tarde, sin ser visto, y oyendo lo que aquel tonto imploraba del Altísimo, dándose golpes de pecho, con cuidado y con sigilo, del altar en donde estaba oculto, cogió un ladrillo y cuando oyó de los labios de aquel santurrón impío

que pedía *diez reales diarios y mantenido*, le dió un ladrillazo enorme, con tanta fuerza y tal tino, que el penitente dió un salto acompañado de un grito y mirando á todas partes y no viendo á nadie, dijo: —Si le pido *tres pesetas*, rediós, me deja en el sitio!

En un examen de niños, preguntó el examinador á uno de ellos:

—¿Por qué mordió Adán la manzana?

—Porque no tenía cuchillo para partirla,—contestó el muchacho.



—Pues lo que es éste no se me escapa; creo que le he dado en el mismo sitio que aquel otro que salió corriendo.



—¡Cielos, el vizconde en su palco! Si lo ve mi marido es capaz de pensar que lo he citado hoy también.

Tronaron dos amantes que habían tenido mucho tiempo relaciones amorosas.

—¡Infame!—decía ella—¿por qué me has dicho mil veces que me querías?

—Porque era verdad—contestaba él,—lo que nunca te he dicho era para lo que te quería.

—¿Pues para qué me querías?

—Para matar el tiempo.

—¡Asesino! Devuélveme aquella trenza de pelo que te di.

—Es imposible, hija mía,

—¿Por qué?

—Porque se la di á mi patrona, á quien le debía dos meses, para que se hiciera un añadido.

El aya de Pepito suplica á éste que se acueste. Pepito se resiste denodadamente.

—Vamos—dice interviniendo la mamá,—acuéstate si no quieres que te azote.

—No y no; yo no quiero someterme á las mujeres.

Se presentó una vez en Barcelona un enano que había ya recorrido el mundo.

El encargado de anunciarlo al público, decía:

—Señores, tiene tres pies de alto, y sabe doce idiomas distintos; pero en obsequio al público los dirá todos en catalán.

—Tu marido, como siempre, tan imbécil.

—Si, hija, siempre.

—Es muy desagradable una vida así.

—¡Y tanto! Pero cada escena de las que tenemos acaba por un regalo.

—Entonces es una escena subvencionada.

—Mi marido—dice una pobre mujer,—es un hombre excelente, cuando no está borracho! Pero bebido, no se le puede sufrir!

—¿Y se embriaga con frecuencia?

—interroga una amiga.

—Todos los días.

... la legión, da legión, que  
s'ha caído su marido al río!  
—Déjalo, mujer; s'habrá figurau  
que era vino.

Julán Denia.

Murió un avaro.

—Mire usted—decía uno de sus  
amigos,—estoy seguro de que llegó  
al infierno y le dijo á Satanás: «no  
ponga tanta leña en la hoguera; yo  
arderé bien sin gastar mucho.»

En una iglesia del Lancashire  
(Inglaterra) se conserva una som-  
brilla, la más vieja del mundo segu-  
ramente.

Según reza el letrero explicativo  
que de ella pende, fué construida  
hace doscientos cuarenta años. La  
armadura es de roble y la cubierta  
de lienzo. El artefacto era emplea-  
do en los entierros, sirviendo para  
resguardar al capellán si por casua-  
lidad llovía.

Mister J. Reese de Sharon Hil,  
Pensylvania (Estados Unidos), ha  
inventado una máquina para hacer  
hablar á los mudos.

Consiste el aparato en dos deda-  
les metálicos unidos á conductores  
positivo y negativo, que están en re-  
lación con una pequeña pila de bol-  
sillo. En dichos dedales colócase el  
pulgar y el índice hasta que los de-  
dos se toquen, pudiendo dos perso-  
nas mudas comunicarse perfecta-  
mente.



—¿Qué cantidad necesaria este verano para ir á tomar ba-  
ños á San Sebastián, Mimi?

—Yendo conmigo, treinta duros diarios; ahora, si vas con tu  
familia, con quince tienes bastantes.

Una pobre mujer fué á quejarse  
al alcalde de su lugar del mal trato  
y tundas que le daba su marido.  
Llamóle el alcalde para reprender-  
le, pero el marido se disculpó di-

ciendo que su mujer era una embus-  
tera, pues lo más que hacía cuando  
reñían era darle algunos golpes con  
el pañuelo de las narices.

—Pero es de advertir, señor al-  
calde—interrumpió la mujer,—que  
mi marido se suena con los dedos.



—¿Sabría usted decirme si voy bien para ir al Congreso?  
—Por mi vaya usted del modo que le dé la gana.

Estaban predicando en una igle-  
sia. Entra un soldado, coge una si-  
lla y se sienta.

Poco antes de concluir el sermón  
se le acerca la alquiladora de sillas  
y le pide diez céntimos.

—¡Diez céntimos!—exclamó el  
soldado, que ignoraba la costumbre  
de pagar las sillas.—¡Si yo tuviese  
diez céntimos, no me vería usted  
aquí!

Un vecino de un pueblo de Cata-  
luña tuvo necesidad de sacar pasa-  
porte para Ibarrañuelúa (Vizcaya).  
El encargado de llenar los pasapor-  
tes, viéndose en apuros para escri-  
bir aquel nombre, preguntó al inte-  
resado:

—¡Le sería á usted igual ir á otro  
punto?



Cruzando atraillados la ancha vía,  
iluminada con potentes focos,  
en triste procesión de la miseria  
marchaban entre guardias treinta golfos,  
mal cubiertos las carnes con guñapos,  
infectos, destrozados, asquerosos,  
restos de muladar, duro castigo  
del olfato y tormento de los ojos.

Iban adolescentes, niños, viejos,  
hijos de nadie, espuma del arroyo,  
sin hogar, sin familia, sin amparo  
y, olvidados de Dios, faltos de todo.

La escoba gigantesca los barria  
para encerrarlos en inmundos sótanos  
en confuso montón... ¡Era preciso  
quitar de enmedio el repugnante estorbo!

La corte disponíase á la fiesta;  
por todas partes en brillantes chorros  
correrían la luz y la alegría,  
fuentes de dicha y de entusiasmos locos  
Flores y sedas, cientos y millares  
de blancas plumas y galones de oro  
iba á ver en magníficos desfiles  
la inmensa multitud, ébria de gozo,  
y la turba de pobres, que son nuestros  
hermanos en Jesús, sucios y rotos,  
descalzos, harapientos, con las huellas  
del hambre y de los vicios en los rostros  
debía ser raída, como costra  
que mancha el cuerpo sano y vigoroso;  
¡la ciudad, preparando luminarias,  
limpiaba el suelo, sacudía el polvo!

Al avanzar los hombres en silencio,  
y entre los sables al castigo prontos,  
mirando en el semblante de las gentes  
algo de compasión, mucho de asombro,  
tal vez alguno de ellos pensaría:  
«Para que gocen á sus anchas otros  
me prenden sin razón y sin derecho...»  
¡La humanidad es egoísta, concho!»

Examinábase un estudiante de Medicina y le tocó  
hablar de las heridas de la cabeza.

—Suponga usted—le dijo el catedrático—que pasa  
por una posada, donde un hombre acaba de ser herido  
en la cabeza. ¿Qué haría usted para curarlo?

—Le pondría una tira de emplastro aglutinante—le  
contestó.

—Antes, hombre—repuso el profesor.

Antes le lavaría la herida con agua estíptica para  
contener la hemorragia.

—Hombre, antes de eso—replicó el maestro amosta-  
zado—le cortaría los pelos de alrededor de la herida  
para curarle con más desembarazo.

—Es que yo—dijo el estudiante—discurría bajo el su-  
puesto de el herido en la posada fuera calvo.



—¿Qué incesante lluvia de facturas para pagar  
los muebles de tus habitaciones!

—No te inquietes, Tadeo; procuraré para com-  
pensar no gastar nada en las tuyas.



—¿Sabes la desgracia que me sucede? Pues que  
mi mujer se ha ido con uno.

—No te apures; la mía se fué con dos y ya me  
ves que no me quejo.



—¿Me da usted el realito de costumbre?

—No tengo suelto; sólo llevo duros.

—Pues bien; deme usted un duro y no vuelva  
usted á pasar por esta calle durante veinte días.

Cuando en el Japón una hija ha heredado el patrimonio de sus padres y se casa, al contrario de lo que sucede en los demás países, ella es quien impone su nombre al marido.

Entre los campesinos rusos, las condiciones de una novia se juzgan por la cena que ella misma prepara el día de su boda.

Cuando llega á la casa del marido tiene que guisar un trozo de carne ó cualquier otra cosa, para demostrar que sabe ser ama de casa. Si el guisado agrada á los invitados, éstos no sólo aplauden la habilidad de la joven, sino la de su familia, que tan bien ha sabido instruirla en el arte culinario.



(1)



(2)



(3)



(4)



(5)



(6)

Preguntaban á un médico de qué manera se había enriquecido tan rápidamente, y contestó:

—¡Muy sencillo! Porque he cobrado todas mis cuentas.

—¿Y cómo se las ha arreglado usted para ello?

—Dedicándome á una especialidad: la de las suegras; si las curo me pagan ellas ó sus hijas, y si se mueren... ¡me pagan doble y aún triple los yernos!

Las mujeres japonesas sólo se peinan un par de veces á la semana, porque su tocado exige mucho tiempo. Para no estropeárselo duermen sobre estrechas almohadas de madera, en que apoyan el cuello, sin que la cabeza toque á la cama.

Un individuo de pésimos antecedentes, lee en cierto periódico, la noticia de que ha fallecido el juez de\*\*\*

—¡Pobrecillo!—exclama.

—¿Le conocías?—pregunta un amigo.

—¡Mucho! ¡Fíjate que le debo mis dos últimos años de cárcel!

La tumba más costosa que existe en el mundo es la que se erigió á la memoria de Mahoma. Los diamantes y rubíes empleados para decorarla se evalúan en 65 millones de pesetas.

Un periódico inglés refiere la siguiente anécdota:

«El célebre crítico John B., es un borracho de primera clase, y hace algún tiempo que fué en su habitual estado de embriaguez al Museo británico para tomar datos á fin de escribir un artículo sobre algunos cuadros nuevos. Al entrar miró á un espejo, y convenciéndose que tenía delante un cuadro, apuntó en su libro de memorias:

Sala de entrada: Cabeza de borracho, sin firma. Mucho carácter, la nariz roja y la fisonomía embrutecida, son de una verdad admira-

ble. Debe ser un retrato tomado del natural. Yo he visto ya esta cara en alguna parte.

A los dos días aparecía el artículo en un periódico y cincuenta líneas del mismo estaban dedicadas á la crítica de «La cabeza del borracho».

—¿Sabe usted que mi mujer acaba de hacerme padre?

—Y qué tenemos, ¿un niño?

—No, señor.

—¿Con que una niña?

—Usted es el diablo: ó lo sabía ó se lo han dicho.

A primeros de año un comerciante tenía costumbre de dar sus tarjetas á los parroquianos que entraban en el establecimiento.

Calínez penetra por casualidad el 2 de enero, después de muchos años. El comerciante le da su tarjeta.

Calínez la recibe estupefacto; saca de su cartera una tarjeta y la entrega al comerciante diciendo:

—Está bien; mañana espero hasta el medio día á sus padrinos.

La mejor manera de disminuir nuestras penas, es aliviar las de los demás.

Al pasar un portugués y un asturiano por un puente de cierto río, le preguntaron al primero:

—¿Cómo se llama usted?

—Juan Antonio José Cainto Manuel de las Trescaídas de Ponto Abindarrau Louveiro de Pinto y Quiñones de Hero.

—Pues pague usted 11 perras, á razón de una por nombre—dijo el recaudador del portazgo.

—Y usted, ¿cómo se llama?—preguntó al asturiano.

—Apenas me llamo Pedru—respondió el astur entregándole diez céntimos.

A un enfermo que estaba muriéndose le preguntó una vieja:

—¿Me conoces, hijo mío?

—Sí que la conozco á usted.

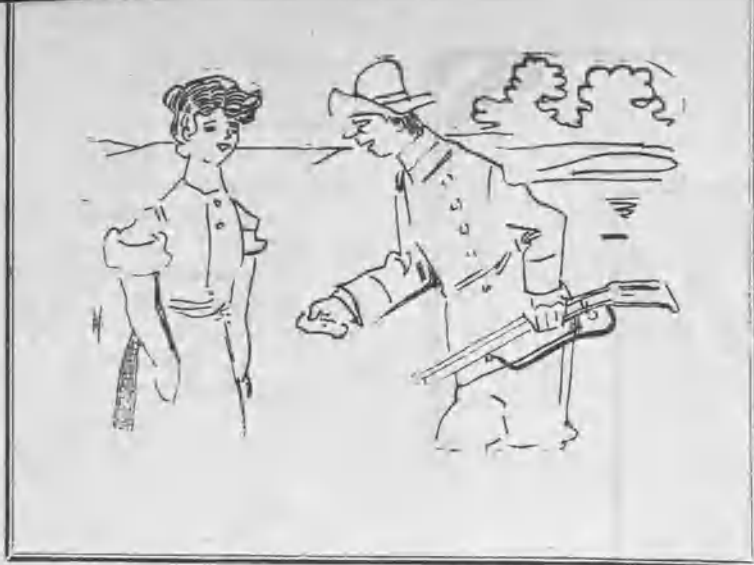
—Pues dime, ¿quién soy?

—Es usted la mayor chismosa que hay en el pueblo.

—Mira que no es ocasión ni tiempo de chanzas.

—Por eso lo digo, abuela, porque es ocasión de decir verdades.

Es tu boquita un panal y tus labios son la miel, y los míos son los zánganos que se la quieren comer.



—¿Con que tampoco ha cazado usted hoy nada?  
 —Nada, hija mía. De seguro que esos estúpidos de conejos ignoran que tú eres la cocinera.

En un pueblecillo próximo a París ha habido uno de estos días una emoción por efecto de un despacho telegráfico.

Un vecino de dicho pueblo recibió este telegrama: *Mañana llego; mata á Hipólito.*

La noticia circuló, y al día siguiente desde muy temprano, quince personas que hay en dicho pueblo con el nombre de la víctima, sumamente asustadas, se reunieron en la plaza, custodiados por los gendarmes, hasta que se descubriese cuál de ellos era la víctima destinada al sacrificio.

Después de muchas averiguaciones se supo que el Hipólito en cuestión era un conejo que quería comerse con su amigo el autor del telegrama.

Cierto gitano había robado una caja de rapé á un sacerdote, y para tranquilizar su conciencia se fué á confesar con él.

—Acúsome, padre —le dijo— que he robado una caja.

—Pues, hijo mío, es preciso que la restituyas.

—¿La quiere usted, padre?

—Yo no —respondió el confesor.

—Entonces, ¿qué hago? Acabo de ofrecérsela á su dueño y no la quiere...

—Pues entonces quédate con ella.

Acercóse un torero á una tienda cuyos escaparates estaban vacíos, diciendo con tono socarrón á un hombre que representaba al dueño:

—¿Qué se vende, camará?

—Cabezas de burro —contestó el comerciante amostazado.

—Compare —replicó el diestro— mucho despacho ha tenido usted por lo visto, porque no le ha quedado más que la suya.

El presidente. —¿Cómo reconoce usted su pañuelo?

—Por el color, tengo varios semejantes.

—Eso no es prueba, porque tengo yo uno en el bolsillo que es exactamente lo mismo.

—No me sorprende; me han robado algunos.

El presidente se queda sin saber qué contestar.

Una bonita frase del riquísimo industrial Z., que ha hecho fortuna gracias á una vida laboriosa.

Vino á París para arreglar los asuntos de su hijo Gonzalo, y dió una propina al cochero de su hijo cuyo coche había tomado.

—Su hijo es más generoso que usted, —observó el cochero.

—¡Ya lo creo! Es que mi hijo tiene un padre rico.

L... es el bohemio más harapiento que existe en el mundo.

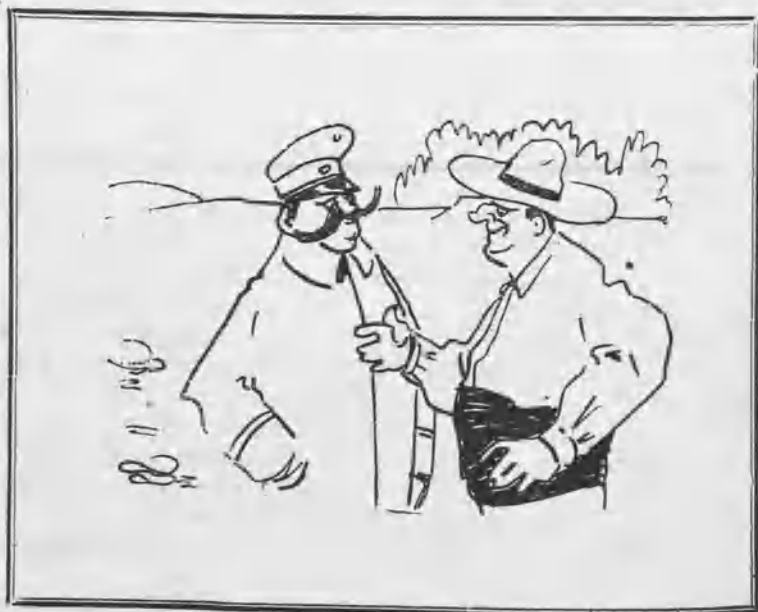
—No hay que criticarlo, —decía uno de sus amigos, —es muy pobre.

—Permitido es ser pobre, pero no con tanta ostentación.

En una sala de redacción.

—¿Ha notado usted que Fulano se duerme cuando escribe sus artículos?

—Es que vuelve á leer lo que ha escrito ya.



—Diga, guardia, ¿voy bien para casa del alcalde?

—Hombre, siquiera póngase usted la chaqueta.



Era antiguamente costumbre en Inglaterra arrojar el amante al fuego un objeto de su propiedad, cuando brindaba por una hermosa.

Lo peor era que todos los presentes, en el acto de brindar, estaban obligados á sacrificar de igual manera un objeto, aunque la hermosa ó fea por la que se brindaba le hubiese desdeñado.

Esta costumbre, ridícula hasta cierto punto, dió margen á escenas serias y á lances graciosísimos. Vamos á referir uno de ellos:

El elegante Charles Sidney comió cierto día en la fonda con varios de sus más queridos amigos. Uno observó con envidia que llevaba unos riquísimos y elegantes puños de encaje, y para destruirselos tomó una copa, brindó y arrojó al fuego los suyos de escaso valor. Sidney conoció la intención, mas sin darse por entendido se quitó los suyos y los quemó.

Pero como no era hombre que dejase las cosas en el aire, dispuso otra comida, reunió los mismos amigos en la fonda y mandó traer los mejores vinos. Cuando llegó el momento de brindar, Sidney cogió la copa, la llenó, brindó por su dama, y arrancándose de la boca un diente, lo echó al fuego, diciendo:

—Señores, esto y mucho más mereco, porque es muy linda.

Un indecible espanto se apoderó de la reunión, que miró aquella operación con ojos de terror, sin atreverse á creer lo que veían.

—Animo, señores—dijo Sidney,—la ley es ley, y la costumbre, costumbre; un diente es poca cosa, y no hace muchos días, como sabéis perfectamente, que unos cuantos jóvenes elegantes y guapos, se cortaron el dedo pulgar y lo echaron al fuego. Animo, amigos; no me pongáis en el caso de publicar vuestra cobardía.

—¡Jamás!—dijo uno atándose al diente un cordón de seda; después tiró con tal fuerza que lo arrancó.

Todos imitaron su ejemplo consumando el terrible sacrificio.

Entonces Sidney se puso de pie.

—Señores, quien tal hace que tal pague; el otro día me habéis obligado á quemar mis puños de encaje, acción poco generosa y artera; pues bien, estoy vengado.

—¡Cómo vengado!

—¿Vosotros habéis arrojado un diente vuestro?...

—¡Es claro!—contestaron todos en coro.

—¡Pues el mio era postizo! Un diente de marfil que me voy á poner ahora mismo.

Un individuo aprensivo hace llamar al médico.

Este le pregunta:

—¿Qué siente usted?

—¡No lo sé..., pero no me encuentro un bien!

—¿Come usted con apetito?

—¡Como un lobo!

—¿Bebe usted?

—¡Como un mosquito!

—¿Duerme usted?

—¡Como un lirón!

—¡Ah! ¡Pues, entonces, no me debe consultar usted á mi, sino á un veterinario.



—Puesto que aseguras quererme tanto, ¿me vas á dar lo que te pida?

—No siendo metálico, concedido.

—Descuida; te lo pediré en billetes.



—¿Cómo quieres ser chauffeur, si toda tu vida has sido cochero?

—Pero ya sé una cosa que no necesito aprender.

—¿Cuál?

—Atropellar transeuntes.



—¿Me vas á llevar al teatro?

—Me duelen mucho los pies.

—Podemos ir en coche.

—No, hija; eso me duele más todavía.



—Créame usted; dicen que el tabaco hace verder la memoria.  
—No lo creo, pues aún no he podido olvidar el puro que usted me prometió.

### EL PLEITO DE MASCAGNI

*Fallo de un tribunal.*—Mascagni ha triunfado ganando un pleito contra la señorita Wield, de Viena. Le exigía ésta veinticinco mil coronas porque faltó á su palabra de poner en música el libreto de ópera Spilimberg. El tribunal de Viena ha condenado simplemente á Mascagni á devolver el libreto á la ofendida señorita literata. Y es claro, viendo el maestro que la ocasión era de perlas para hacerse un reclamo, la ha aprovechado por medio de un le guleyo, su amigo. Ha comunicado éste al pretorio austriaco, que para buscar el manuscrito de la tal Irene de Spilimberg, necesitaba el maestro echarse al colete los títulos de dos mil trescientos libretos, ni uno más ni uno menos, que aguardan un advenimiento sobrenatural en su biblioteca para ser puestos en música. El avisado pica-pleitos ha dicho en su demanda que, si á los dos mil trescientos autores de los libretos se les metía de repente entre ceja y ceja la idea de reclamar por daños y perjuicios la misma suma que la señorita Wield, por no haber sido glorificada con la música de su ilustre, éste se vería en el deplorable caso de pagar á sus infortunados libretistas más de cincuenta y siete millones de coronas.

En un pueblo de Andalucía, un cura que tenía que hacer un viaje decía la misa muy temprano. Un hombre, que sin duda deseaba oírlo, se acercó á la puerta de la iglesia donde estaba el criado del sacerdote.

—¿En qué va tu amor?—preguntó al criado.

—En mula de alquiler.

—Hombre, quiero decir en la misa.

—¿En la misa? Va á pie.

*De cien á dos.*—Un inglés, que debe tener tiempo que perder, se ha entretenido en contar los besos que le ha dado á su esposa durante los veinte años de su matrimonio.

Las cifras son elocuentes. En el primer año, esos ósculos de amor se elevaron á la formidable cifra de 37.760; es decir, á razón de cien besos diarios, poco más ó menos. En el segundo año, ese total se redujo á la mitad, lo que suponía cincuenta besos diarios. En el tercer año, besaba á su esposa unas diez veces por día, y desde el quinto en adelante, dos veces solamente: una en la mañana y otra en la tarde.

—Mira, Juan, toma un billete de 100 pesetas, y tráeme una butaca de primera fila para el teatro de la Zarzuela.

El criado vuelve á las dos horas.

—Señorito, no hay butacas de primera fila en ningún almacén; pero traigo un buen sillón de gutapercha, que le gustará á usted mucho.

En un ferrocarril.

—Sin duda tiene usted muchos trabajos de cabeza... Parece usted cansado.

—Con efecto, muy cansado.

—Sin ser indiscreto, ¿es usted literato... poeta?

—No, señor, soy peluquero.



—Con sólo dos días de ayuno y me está ancho el cinturón.  
¡Qué sería si ayunase 365 días!

# SUCEDIDOS Y ANÉCDOTAS

Publio Escipión, llamado el Emiliano, fué un día á visitar al poeta Ennio, que hallándose indudablemente ocupado, le envió á decir con su esclava que no estaba en casa. Conoció Escipión la mentira, pero fingió creerla, y se retiró.

Andando el tiempo fué Ennio á casa de Escipión, llegó á la puerta, y preguntó:

—¿Está Escipión en casa?

—No, no estoy—contestó él mismo desde dentro con voz robusta.

—¿Cómo es eso posible?—repuso asombrado el poeta Ennio.—Pues qué, ¿no es acaso su misma voz la que estoy oyendo? ¿Quieres burlarte de mí?

—¡Vaya un hombre éste!—dijo Escipión gritando.—El otro día creí que no estaba en su casa sólo porque su esclava me lo dijo, y hoy no quiere creer que no estoy en la mía, siendo yo mismo el que lo aseguro.

El célebre banquero israelita M. Rotschild daba una gran comida á la que asistía el príncipe de Wurtemberg.

—Muchacho—dijo familiarmente M. Rotschild á un criado;—da un plato al príncipe Paul.

—¡Ah, mi querido Rotschild!—repuso el príncipe un poco picado de la grande familiaridad del banquero;—quisiera de buena gana llamaros por vuestro nombre, pero ignoro el de bautismo.

Era arzobispo de Sevilla don Antonio Páino, y su provisor examinaba á un joven que pretendía las primeras órdenes.

—¿Está Dios en todas partes?—preguntó el provisor.

—Sí está—contestó el ordenando.

—¿Entonces estará en el patio de tu casa?

—Allí no está; no, señor.

—¡Imbécil! ¿Cómo no ha de estar, si Dios está en todas partes?

El arzobispo prestó atención.

—Repito que no está—insistió el joven.

—Pero, ¿por qué?

—Porque en mi casa no hay patio.

El arzobispo, á quien cayó en gracia el dicho, murmuró por lo bajo:

—Este muchacho tiene más talento que el provisor.

Decía un día un amigo á M. Alejandro Dumas:

—¿Sabe usted lo que dice Lamartine de usted?

—¿Qué dice de mí el buen Lamartine?—preguntó el célebre novelista.

—¡Que es usted el rey del ingenio!

—Muy bien! Diga usted de mí parte á nuestro querido poeta, que si yo soy el rey del ingenio, él es el ángel.

Un rey de Mangalia, en el Asia occidental, se cayó

al río, y fué sacado por un esclavo, gran nadador. Al volver en sí el rey, su primer cuidado fué preguntar por el que le había salvado. Todos se apresuraron á decirse lo, esperando que le premiaría por una acción tan generosa; pero el monstruo, en vez de premiarle, le dijo:

—Dime, vil esclavo, ¿cómo has tenido la audacia de poner la mano en mi cabeza?

—Señor, V. M. iba á morir.

—Morir era mejor que deber la vida á un esclavo.

Y volviéndose á sus gentes añadió:

—¡Que degüellen á ese esclavo!

Algún tiempo después se paseaba en una góndola á lo largo del río, cuando al querer hacer un movimiento para coger una rama de la orilla, sacó tanto el cuerpo que cayó al agua. Los esclavos que iban en la góndola lo miraron con la mayor sangre fría.

—¡Salvadme!

—¡Sálvate tú!—contestaron los esclavos.—Nosotros somos indignos de tocarle... Morir es mejor que deber la vida á un esclavo.

Conoció un embajador que el bibliotecario del rey era un ignorante, y le dijo:

—Vuestro bibliotecario ¡oh rey! podría ser un gran ministro de Hacienda.

—¡Hombre! ¿Por qué?

—Porque nada tomaría de las arcas del Tesoro, aunque anduviera siempre entre ellas, así como nada ha tomado de los libros de vuestra biblioteca, con los que anda hace veinte años.

Durante los siete años de guerra civil se veía por las calles de Zaragoza un caballero excesivamente delgado, pequeño y corcovado, hasta el extremo de que los hombres de estatura regular tenían miedo de encontrarse con él porque no se les caedase entre las piernas.

Una noche le halló en la calle á deshora la ronda, y el alcalde de barrio que la mandaba le dijo:

—Vamos, señor don Perico, es necesario que se recoja usted pronto.

—Señor alcalde—contestó riendo el enano,—¿me quiere usted más recogido?

Zofiro, hábil fisonomista, fué un día á visitar á Sócrates.

—¿Qué encuentras en mi fisonomía—le preguntó el filósofo.

—¡Te irritarás si digo la verdad!

—No; habla con toda franqueza.

—Eres estúpido, borracho y licencioso.

—Tienes razón; nací con todos esos vicios, pero la Filosofía ha corregido mi perverso natura!



postor musical, y violinista, y mandolinista y posee voz atenorada.

Cada una de estas dotes artísticas aplicadas á un emperador, llevan por delante su correspondiente superlativo encomiástico.

Sin embargo, lo más elogiabile en el arte de Nicolás II, es la modestia; modestia que le ha hecho ocultar la paternidad de sus trovas, de sus baladas y de sus sonatas bajo el oscuro pseudónimo de «Olaf».

No sé si el poeta es bueno ó malo; me inclino á creer que no traspasará los límites de una mediana con manto y corona.

Por regla general, los soberanos, en el campo del Arte, nunca fueron otra cosa que aficionados más ó menos discretos.

Acaso para desenvolver sus aptitudes les faltó el contacto directo, inmediato con la realidad, con la vida.

Acaso no abrieron, más que en momentos de ocio, el alma á las alegrías y á los dolores de las colectividades.

Hay en las ruinas de Nicolás II una nota que, por sincera, les imprime carácter de originalidad: la nota fatalista «Olaf» es un poeta del pesimismo. En sus estrofas hay algo como profecías de lúgubre agorero, como presentimientos de desdichas inevitables.

El pájaro que va á sus polluelos en peligro, pia quejumbrosamente, y su angustia es trino y es canción.

— ¿Por qué no da usted limosna? — preguntaron á un rico que tanta tanto ingenio como avaricia.

— Porque dice la doctrina: no hagas á otro lo que para ti no quieras, y yo no quiero que me den limosna.

En un tribunal.

El presidente, haciendo cargos al acusado:

— Es decir que usted, no sólo ha cometido los mayores crímenes, sino que, para realizarlos, se ha asociado á la peor gente de la comarca.

— Eso no es culpa mía, señor Presidente — replica, con viveza, al res.

— ¿Cómo que no?

— ¡Muy claro! ¿Con quién había de asociarme, si los hombres honrados no me querían ayudar?

A España representaba en Grecia cierto señor, y el Gobierno, que trataba de elevarle á embajador, á Rusia ó Francia ha pensado enviarle con urgencia, y por fin le han elevado á la segunda potencia.

Procurando derrotar á cuneros y novatos se debían presentar los maestros, candidatos. Pues debe, en toda elección que sinceridad revela, lograr representación en las Cortes *toda escuela*.

Ha dado cierto abogado que una causa defendía, al juez que la juzgaría una tabla que ha pintado.

Siempre, cuantas veces habla pierde, porque se atoróla; acaso por carambola gane esta vez por *la tabla*.

Con razón, un asistente, soldado según la ley, dice que *no sirve al rey*; está *sirviendo* al teniente.

Dos pollos, sobre cuál era más práctico y seductor, por las cuestiones de amor tuvieron una quimera.

Y sus tesis escabrosas apoyaban los señores con opiniones de autores y con citas... amorosas.

Si á cierto míope dices por qué sin quevedos viene, contesta que ya los tiene *montados en las narices*.

Varios palos se perdieron, se ignora cómo y por quién, y al guarda del almacén de maderas, le riñeron. Y el dueño dice que aguarda ver si el guarda es de los malos, pues si se pierden más palos se lo va á encontrar el guarda.

José María Solís.

## Novelas comprimidas

publicada por este semanario.

Es la única Biblioteca que por sólo 20 céntimos ha publicado novelas de autores de reconocida fama.

*Tomos publicados:*

¡Chamorro!... (novela terrorífica), por Luis Taboada.

Estertores azules (novela opalescente), por Juan Pérez Zúñiga.

El penúltimo de los Austrias, ó la tapada de Aranjuez (parodia de la novela histórica), por Luis de Tapia.

Las lágrimas de Hortensia (parodia de la novela pasional francesa), por Luis Gabaldón.

La bella Pingueiro (parodia de la novela de costumbres), por Antonio Casero.

La isla de los bistekes (parodia de la novela de viajes), por Juan Pérez Zúñiga.

La cofradía botijil (novela dedicada á los veraneantes), por R. Mestre Martínez.

La peluca rubia, por Félix Limendoux.

La revolución del 0,75, por A. R. Bonnat.

En el fondo de la mina, por Luis de Tapia.

¡Toribio, saca la lengua!, ó la periodista, por Carlos Miranda (un reporter).

El veraneo de don Holofernes, por Manuel Soriano.

## Novelas relámpago.

*El veraneo de Abelardo.*

*La predicción de marras.*

*La historia del Polcarico.*

*La hija de su madre.*

*Los pedidos á la Administración de este periódico.*

## Ramona Hillan

Últimos figurines.

Corte y confección de vestidos de señoras.

Calle de Hortaleza, 6.

**TA**QUIGRAFO, mecanógrafo y con buena letra para secretaría particular á *bougeois* particular, se ofrece con referencias. Dirigirse á Lista Correos, G. G. H.

La ley se opone formalmente á que las declaraciones se traigan escritas de antemano. Así, pues, guárdese ese libro de apuntaciones.

—Pues entonces no sé nada del asunto.

—¿Pero usted presencié la escena de la lucha?

—Por toda respuesta el testigo siguió leyendo.

—... Astutos, y su educación tiende á desarrollar aún más su tendencia al fraude.\*

—Ya le he dicho á usted que no se pueden leer las declaraciones.

—Pues entonces tengo el sentimiento de repetir que no sé una palabra.

—Sin embargo, usted podrá decir algo de lo que vió sin recurrir á sus notas.

—El testigo prosiguió con mucha flema su lectura.

—Una filósofo ha dicho: si la verdad estuviese proscripta de la tierra...

Como aquello más parecía una burla que una declaración formal, el juez gritó indignado:

—Guarde el testigo ese libro y responda á lo que se le pregunta.

—Todo lo que sé está consignado aquí.

—¿Usted ha visto al individuo conocido por Perico el Travieso maltratar al querellante? ¿Sí ó no?

—No he visto nada.

—¿Pues no estaba usted presente?

—No me pregunté usía; ignoro todo.

La advierto que puede costarle caro el negarse á declarar habiendo presenciado el hecho.

—¿Pero si la justicia me impide hablar!

—Lo que le impide es leer su declaración. Y acabemos de

una vez, ¿ha sido usted testigo de las violencias de Perico Travieso?

—Si me hubiera permitido usía leer mi libro, se hubiera convencido todo el mundo de que yo no he visto nada de esa escena de que se me habla. Iba yo muy tranquilo por la calle de Silva cuando se estaban zurrando dos individuos en el llejón del Perro.

—Entonces, ¿cómo se le cita á usted como testigo?

Esa es una de las preguntas que iba á dirigir yo al querellante y que consta en la página cincuenta y tres de mi libro de apuntaciones. Déjeme leer, y cuando lleguemos á este punto ya nos contestará.

Entonces terció el querellante en el debate diciendo:

—Me parece que se está usted burlando, buen hombre.

—Vamos á ver cómo se explica este enredo—dijo el juez.

—¡Ah, ya caigo!—exclamó el querellante.—Me parece que la persona que presencié el vapuleo era menos corpulento que el señor.

—¿De suerte—gritó el juez exasperado,—que ha citado usted un testigo escogido al azar?

—Perdóneme y oiga de qué forma me he equivocado. Cuando logré verme libre de las garras de ese Perico, ó mejor dicho de esa fiera, quise buscar testigos del hecho. En el callejón había nadie, pero me acordé que mientras Pedro me metía las costillas había pasado un hombre de cierta edad en dirección de la calle de Silva. Dirígame, pues, á ella buscando á testigo y la casualidad quiso que me encontrase al señor. ¿Cómo se llama usted, caballero? le pregunté: Quedóse perplexo y añadió: «¿Acaba usted de pasar por el callejón del Perro?» Como no salía de su perplejidad, pensé: «Este es hombre», y como se negase rotundamente á darme los da-

e le pedía me puse en su seguimiento, averigüé su domicilio y su nombre, y... por eso le cité como testigo.

—Pues ya ve usted que no tiene el menor conocimiento del caso que imputa á Perico.

—No, señor; no tengo el menor conocimiento—agregó el testigo.

—¿Y por qué no lo dijo desde un principio?

—¿Pues no me esforzaba en repetir que no sabía nada?

—Entonces; ¿qué contiene esa memoria que á la fuerza que usted leer al tribunal?

—Un elogio á la Verdad. Si usía me lo permite le leeré lo que no sea más que los pasajes referentes á la santidad del testimonio ante la justicia.

—Es inútil—respondió el juez, y luego dirigiéndose al caso le preguntó:

—¿Tiene usted más testigos?

Ante la respuesta negativa del interpelado el juez se enfureció, y después de echarle una reprimenda por buscar testigos por fuerza, me declaró libre de responsabilidad por falta de pruebas y condenó al casero en costas.

## CAPÍTULO XIV

CÓMO POR MI CAUSA SE PERDIÓ UNA TRAGEDIA FAMOSA



STRA mi vida errante y aventurera me llevó á parar á una casa en la que vivían varios individuos, verdaderos bohemios que, como yo, vivían de milagro. Entre ellos había uno chiquitín y haco que se apellidaba Largo y que tenía metida en la mollera la idea de que

él á la calle, le administré una gran paliza y, claro, tuve que hacer una nueva visita al juez.

Pero lo más gracioso del juicio fué el testigo de cargo que presentó el casero.

Por tres veces hubo de ser llamado sin que el hombre contestase. Lo único que hacía era registrarse los bolsillos con mucha ansiedad.

El presidente, con voz potente, le invitó nuevamente á decir su nombre, estado y profesión, y entonces el testigo, interrumpiendo sus reflexiones, respondió:

—¡Caramba! ¡Pues no puedo hablar!... ¡Se me han olvidado las gafas!

—Me parece—repuso el juez—que bien se puede hablar sin auxilios para la vista.

—¡Quita, no, señor!... Traigo las contestaciones en el bolsillo. Yo sin gafas soy hombre perdido... ¡Vaya, gracias á Dios! ¡Ya han parecido! Las tenía en otro bolsillo.

No teniendo ya motivo para guardar silencio, el testigo se puso pausadamente sus gafas contestando á las generales de la ley, y luego sacó una especie de libro de memorias esperando nuevas preguntas.

—Dígame lo que sepa del asunto que nos ocupa—ordenó el magistrado.

Y al oír esto el testigo abrió el libro de memorias y, por toda respuesta, comenzó á leer: \*La verdad es indiscutible. Siempre debe prevalecer de la mentira y la hipocresía. Los hombres son astutos\*...

—Según parece—dijo el juez interrumpiéndole,—está usted leyendo su declaración.

—Son algunas ideas que se me han ocurrido á propósito del asunto, y las he anotado aquí.



# ENTRETENIMIENTOS

## ROMBO

por Guillermo C. Miquelot.

\*  
\*\*\*  
\*\*\*\*\*  
\*\*\*  
\*

Sustituir las estrellas por letras, y leer horizontal y verticalmente, 1.º, consonante; 2.º, cantidad; 3.º, río de Italia; 4.º, tiempo de verbo; 5.º, consonante.

## ANAGRAMAS

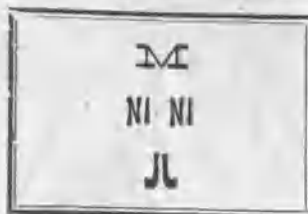
por Enrique García Molina.

Tanto me quiere total  
y me ama de tal modo,  
que ayer me compró una todo  
de las que vende Pascual.

Ha remitido Pascual  
desde todo á Barcelona,  
una gran pieza de lona  
medida en una total.

## JEROGLIFICO COMPRIMIDO

por Enrique García Molina.



## PASATIEMPO JEROGLIFICO

por Leonardo Ordoño,

Alfonso XIII negación sa.

Soluciones correspondientes á los  
pasatiempos insertos en el número  
anterior:

A la charada: Escaparate.

Al pasatiempo jerooglífico: Ca-  
nario.

Al triángulo:

marina  
apuro  
ruta  
ira  
no  
a

Encargado de la venta de MONOS en Ma-  
drid: José León, Abada, 23, y kiosco fren-  
ta á Apolo.

## NU. VA COLECCION DE COLMOS

POR ¡VAYA CARDO!

Consta de cuatro cua-  
dernos, al precio de 10  
céntimos uno.

Pídase en todas partes ó  
en nuestras oficinas.

## LA PUBLICIDAD

AGENCIA DE ANUNCIOS

LEON, 20, MADRID.—TELEFONO 1.085

Anuncios en todos los periódicos, en vallas, en el  
interior de los coches de los ferrocarriles, en los  
tranvías, etc.

Agencia general para los anuncios luminosos, transforma-  
bles, de la Puerta del Sol. Pédid tarifas.

## DENTY-CURA

Remedio infalible con-  
tra el dolor de muelas.  
Precio del paquete, 25  
céntimos.

Desengaño, I.

## A PLAZOS

Tapicerías, Tejidos, Al-  
fombras y Pasamanería.  
Mayor, 63, entlo.

## Para sacerdotes,

Seminarios, Colegios,  
Comunidades religiosas,  
Escuelas.

2.237

Cromos.

Vida de Jesucristo.—La Historia Sagrada.

Santos y Santas.

Todo por sólo CINCO pesetas.

Acompáñese un real para el certificado.

## TRES HIERBAS

del monte Ruwenzori, Uganda (Africa ecua-  
torial), son las que obtienen en seguida, ma-  
ravillosamente, la curación completa y segura  
de todos los males secretos, por crónicos  
que sean. Garantizamos que nadie sufre un  
desengaño con éstas, y le devolveremos su  
dinero si usted no sana. Precio: 10 pesetas.  
Envío franco gastos y rápido por correo cer-  
tificado. Únicos concesionarios: Sres. Penne-  
llypes C.º, Milán (Italia).

## A LAS MADRES:

Si queréis evitar á vuestros pequeños hijos todos los  
pádecimientos y consecuencias de la dentición, usad la  
Denticina Infalible de E. CARABIAS, 60 años de éxito en Europa.

Ningún niño se muere de la dentición usando esta preparación; favorece la salida de los dientes, quitá la calentura, diarreas, convulsio-  
nes, erupciones, etc., etc., y el niño adquiere pronto su buena color, robustez y alegría, entrando en posesión de una completa salud.

Para anuncios en MONOS pídase tarifas.  
Grabados de la casa H. Ravill.

Director-proprietario: Manuel C. Carranza.  
Imprenta.—Mendizábal, 6.

Prohibida la reproducción de dibujos  
y originales literarios.

LA CHINGOTAN



—¿Dónde piensa usiea ir este verano, Bermúdez?  
—Pues á San Sebastián, con los Reyes.  
—¿Con los Reyes ó de los Reyes?